

compasión de un miserable que acude á Vos en busca de remedio. No ignoráis la causa de todas mis desgracias, mis innumerables y gravísimos pecados. Por ellos he merecido los castigos de la divina justicia; mas Dios, en vez de castigarme, me ha llamado una y otra vez al arrepentimiento; con todo eso, en vez de arrepentirme, he multiplicado mis delitos. ¿A quién, acudiré, Virgen santísima, en busca de remedio? A Vos que sois el tesoro de Dios, á Vos en quien están todas las misericordias del Señor. Yo me animo á demandaros vuestra poderosa intercesión, porque todo lo alcanzan vuestros ruegos, y Vos tenéis un corazón dulcísimo y lleno de piedad; yo no os presento méritos, sino miserias; y no temo que me desechéis, porque sois Reina de misericordia y Refugio de los pecadores. Poned en mí vuestros ojos de tierna y compasiva madre, y contad una á una mis necesidades y desgracias para remediarlas. Si mi madre terrena contemplase mis males, se sentiría conmovida y llena de amargura; y Vos la más excelente y perfecta de todas las madres, ¿quedaríais indiferente á mis desgracias; y volviendos á otra parte, no escucharíais mis humildes plegarias? Si semejante conducta pudiera admitirse alguna vez en una madre terrena, en Vos jamás se admitirá; porque sois amabilísima, y todas nuestras culpas jamás podrán ahogar vuestra tierna y amorosa compasión; ni nunca olvidaréis que sois nuestra esperanza, y el amparo y Refugio de los pecadores.—Madre dulcísima, tened compasión de vuestros hijos.



CAPÍTULO XII

La inmaculada paloma del Señor.

I

PALOMA mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro y sueña tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro es hermoso (1).—¿Qué encantos tiene el rostro de la celestial paloma del Señor, y cuánta es la armonía de su voz purísima y sagrada, que hacen que Dios se exprese en tales términos? No somos nosotros los primeros que le dirigimos tan dulces palabras, ese ruego de amor; antes de nosotros lo hizo su divino Esposo. El Espíritu Santo contempló con dulce complacencia la gracia y la belleza que había derramado en las criaturas; y entre todas éstas ninguna cautivó sus miradas como María, la inmaculada y santa, María, que, preservada de la culpa original, recibió en el pri-

(1) Cant., II, 14.

mer instante de su concepción un tesoro casi infinito de gracias.

Muéstrame tu rostro, así le dice Dios; y sin embargo, no hay criatura invisible á los divinos ojos: ¿cuál es, por tanto, la razón de las palabras que examinamos? Habla nuestro amor y contesta lo siguiente: Dios quiere que esa Niña le ame, y testifique su cariño con palabras de indecible afecto al que así se dignó preferirla con el suyo.—Quiere Dios que María se deje amar, y que, al mostrar su purísimo semblante, su Esposo pueda decirle: Tus ojos son de paloma, y me hacen salir de mí (1). Una sola es mi paloma, mi perfecta....

La vieron las doncellas, y la aclamaron dichosísima; la vieron las reinas y demás esposas, y la colmaron de alabanzas.—A nuestra vez llamémosla la más dichosa entre todas las criaturas, y abramos nuestros labios para cantar sus glorias.

Veamos ahora las relaciones que pueden descubrirse entre María la inmaculada y santa y la paloma de que nos hablan los Cantares. La paloma,—dice el Angel de las escuelas,—mora junto á las corrientes de los ríos, en cuyas aguas descubre la imagen del halcón que se cierne en los aires; en ese instante la paloma se sumerge en las aguas y se salva del peligro. La paloma escoge para alimentarse los mejores granos del trigo, y con ellos alimenta á sus hijos. Nada rompe con el pico, no tiene hiel, anida entre las rocas, y su canto es un gemido (2).

(1) Cant., VI, 4.

(2) 3.^a p., q. 39, a. 6, ad 4, quarto.

María no abandona á sus hijos que navegan hacia el puerto de la salud eterna entre grandes peligros, que muchas veces ignoran, ó tal vez que no quieren evitar. ¿Quién podrá salvarlos? La gracia de Dios por nuestro Señor Jesucristo; mas Jesucristo confía á su santa Madre la salvación de los hombres, inspirándole la más viva y delicada compasión para con ellos, y dando á los ruegos de María un poder que todo lo consigue. En virtud del amor que María nos tiene, de su maternal y dulce compasión, no llega á olvidarnos un instante, y contempla nuestros males cual si fuesen suyos, y los aparta de nosotros con incansable y amorosa providencia. Es María la paloma del Señor que contempla la vida de sus hijos, no en las corrientes de las aguas, sino á la luz de la Verdad increada; y no se le ocultan las dificultades que han de superar, y los peligros que habrán de rodearlos en su camino. El demonio no dejará de perseguirlos; pero la que es terrible al abismo como un ejército en orden de batalla, pondrá luego á ese enemigo en vergonzosa fuga, al extender sobre nosotros la divina Madre, la celestial paloma, sus purísimas alas de protección y gracia.

María quiere salvarnos, pero quiere ser invocada, rogada de nosotros con humilde plegaria. Quiere que en Ella pongamos nuestra confianza de hijos; que confesemos que somos incapaces por nosotros mismos de resistir y triunfar en los combates que tenemos que sostener contra el mundo, el demonio y las pasiones; quiere escuchar de nuestros labios estas palabras que la inclinan dul-

cemente á socorrernos: Bajo tu amparo nos acogemos, oh santa Madre de Dios.—Corramos hacia Ella al pronunciarlas; y llenos de humildad y de confianza, esperemos en su gran misericordia.

María, para librarnos del demonio, tendrá que sumergirnos en las corrientes de las aguas; nos pondrá á cubierto de todos los dardos del infierno, ocultándonos en su mismo corazón. ¿Qué podrá el demonio contra esa inmaculada y sacrosanta Virgen que lo tiene debajo de sus pies y que de él triunfó obteniendo la más perfecta y cumplida victoria de todas sus asechanzas? No olvida el demonio su derrota, y tiene que alejarse de nosotros al ponernos María bajo su amparo.

Clamemos, pues, á la divina Madre, á la hora del peligro, y siempre quedaremos victoriosos.

La paloma escoge los mejores granos de trigo para alimentar con ellos á sus hijos.—Hijos tiene la divina Madre que siempre la han amado; mas no desecha á los pobres pecadores que buscan en Ella su Refugio, y se animan á llamarla Madre, porque tiene un corazón bondadosísimo. A unos y á otros de esos hijos, María no niega sus consuelos, ni deja jamás de alimentarles con vino y leche, según la expresión de los sagrados Libros; porque la purísima paloma del Señor nació para el bien de todos los hombres: conserva á los santos en la gracia, y alcanza el perdón á los culpables, es toda para todos, y á todos quiere salvar, porque ésta es la voluntad de Dios.

No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia. Al pensar en la dulzura de

las misericordias de María, en la suavidad de sus consuelos y en sus llamamientos maternales, tan llenos de solicitud y de cariño con que atrae aún á los mayores pecadores, tenemos que decir que no sólo el Hijo de Dios sino también su santa Madre, pueden afirmar que no han venido á llamar á los justos sino á los pecadores á penitencia.

La misericordia de María tan llena de paciencia y de dulzura, y el vivo interés que tiene por salvarnos, nos hacen preguntar: ¿Qué gracias ha dispensado á los justos, que no haya comunicado á los pecadores que acuden á Ella, llenos de confianza en la gran misericordia de la que es su único amparo y refugio? Tal es el asombro que nos causa la delicadeza y el amor con que trata á los indignos.

La Madre de Dios ¿por qué motivo trata á los culpables con tanta benignidad y con tan dulce y maternal clemencia? Porque los sanos no tienen necesidad de remedios, sino los enfermos. Porque á los corazones generosos los males ajenos los mueven por sí mismos á la misericordia. Porque el corazón de una madre olvida enteramente las culpas de sus hijos que se arrepienten de haberla ofendido; y las desgracias que pesan sobre éstos son una carga que oprime con su inmenso peso el corazón de la madre.

A pesar de nuestras culpas, María nos colma de favores y nos descubre tan tierno y delicado afecto, que exclamamos con asombro: Así ama la divina Madre á los miserables pecadores que acuden á Ella en busca de remedio. ¿En dónde están la

indignación y la dureza de María, si alguna vez ha de reprendernos? Una madre que tiene que curar las llagas de su hijo, enfermo acaso por sus grandes desórdenes, nunca lo hace sin tierna compasión, y va limpiando esas llagas con una suavidad incomparable, y siente un inmenso dolor al curarlas, ¡cuántas veces mezcla el remedio con sus lágrimas!

En María estas consideraciones tienen mayor fuerza. No se trata de una madre común, ni somos nosotros hijos que haya engendrado en su seno virginal: su maternidad y nuestra filiación pertenecen al orden de la gracia, superior en todo al de la naturaleza. Mientras las otras madres ven en los males de sus hijos las desgracias de una vida transitoria, María tiene en cuenta las desgracias eternas, y recuerda que somos hermanos de Jesús, que derramó su sangre por salvarnos. Y ese Hijo divino, y el mérito de su pasión y muerte, hablan muy alto al corazón de María: Son mis hermanos, le dice Jesús; defiéndelos y ruega por ellos á mi Padre. Y la sangre del Hijo de Dios no pide venganza, sino la salvación de todos los hombres. ¿No escuchará la voz de su Hijo primogénito, ó dejará de unir á los clamores de la preciosa sangre, los suyos que siempre son de madre amorosísima, y que desea vivamente el perdón de los culpables? La paloma no tiene hiel, y por esto simboliza la mansedumbre inalterable de María: ¿quién la vió airada alguna vez, ó quién experimentó por medio de esta santísima Señora la terribilidad de los castigos que en tantas oca-

siones hemos merecido por nuestros pecados? Es nuestro refugio, nuestra defensa y amparo; tiene que rogar por nosotros; tal es el oficio que Dios le ha encomendado; mas no el de castigar nuestros delitos. Si mil veces hemos afligido el inocentísimo corazón de María, se acordará que lloró por nosotros al pie de la cruz de su Hijo moribundo; y haciendo suyas las palabras de Jesús, dirá como El al Padre celestial: Oh Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen; y el Padre no desechará la intercesión de María que ha mezclado con sus lágrimas, y que se apoya en los padecimientos y en la muerte de Jesús.

Con María nos hemos trasladado al Calvario, y nos hemos colocado junto á la cruz de Jesucristo; y nuestra dulce Madre, á fin de rogar con más eficacia por nosotros, se esconde en las llagas de Jesús, y llora por los pecadores en compañía de su Hijo. ¿Qué no alcanzarán de Dios nuestro Señor, los padecimientos de Jesús y el llanto de María?

El Esposo dice en los Cantares, que una sola es su paloma, y es el objeto de todas sus caricias; nos habla de ella con tan delicadas expresiones, que no podemos dudar que es la preferida de su amor. Lo es, porque su Esposo divino así lo quiso; porque vió con suma complacencia la humildad de María, y su pureza inmaculada y santa, y su perfecta obediencia, y su encantadora y celestial belleza, y la modestia de sus ojos, y el santo rubor de sus mejillas, y el carmín de sus labios que derraman la gracia, y, en una palabra, las maravillas del amor divino que ardía perpetuamente en el

corazón de su escogida.... ¡Oh cuán hermosa y agraciada es la purísima paloma del Señor!

Es la única paloma de su Esposo, es la preferida de su amor. ¿Podemos con verdad decir nosotros que nos gloriamos de amarla? Por desgracia dividimos con mucha frecuencia nuestro amor entre Ella y las demás criaturas; no lo olvidamos todo por servirla, ni somos enteramente de María; y sin embargo, esta santísima Señora nos ha consagrado todo su cariño. Nos ama como la más tierna y delicada madre, con la fidelidad y la paciencia de una esposa, con la suavidad y la dulzura de una hermana. Reina para con nosotros en su corazón inmaculado el amor en todas sus formas, y con las manifestaciones más delicadas y sinceras que pudiéramos desear: allí están su benignidad y su clemencia, y la generosidad con que se digna enriquecernos de sus gracias, y las insinuaciones de su afecto que, olvidando nuestras culpas, sólo piensa en atraernos á su santo amor; y cual si no pudiese vivir sin nosotros, apenas la invocamos, cuando ya nos contesta: Soy vuestra madre; aquí me tenéis á vuestro lado; llamadme á la hora del peligro y en las angustias y en las dudas, y en todas las tribulaciones de la vida. No olvidéis que soy el Refugio de los pecadores, que nunca desearé vuestras plegarias, y que mis ruegos son siempre eficaces delante del Señor.

¿En dónde hallaremos una madre, un refugio que puedan compararse con María? Huyan pues muy lejos de nosotros la desconfianza y la desesperación; porque siempre tendremos en María re-

medio eficaz en nuestros males. Supongamos que han sido gravísimos nuestros pecados, y que exceden en número á las arenas del mar; aún hay lugar á la esperanza; la humildad y el arrepentimiento llamarán á las puertas de María, que rogará por nosotros, y Dios escuchará sus ruegos. Oh Refugio de los pecadores, tened piedad de los que á Vos recurrimos en busca de remedio.

II

Habiendo pasado el diluvio, envió Noé desde el Arca en que se hallaba, una paloma, para ver si se habían acabado las aguas sobre la tierra; mas la paloma, no hallando donde poner el pie, se volvió al Arca. Pasados siete días, Noé la envió por segunda vez; y la paloma volvió por la tarde, trayendo en el pico un ramo de olivo cubierto de hojas (1). Dios envió al mundo á su inmaculada y santísima paloma, su Madre divina, para que, al ver nuestras miserias y desgracias, tuviese compasión de nosotros, y trajese á los hombres, por medio de su Hijo nuestro Señor Jesucristo, la reconciliación y la paz que habíamos perdido por la culpa. Si la paloma de Noé volvió al Arca porque no halló donde descansar, María no se retira de nosotros, sino que, á pesar de su incomparable y celestial pureza, vivirá en medio de los pecadores, porque es su refugio, porque es la imitadora más perfecta de su Hijo divino, á quien se hizo el

(1) Gen., VIII, 8-11.

siguiente cargo: ¿Cómo este vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores?

Aquel amorosísimo Señor que había venido á llamarlos á la penitencia, no rechaza ese cargo, sino que dice lo siguiente: No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan médico. Aprended lo que significan estas palabras: Mis estimo la misericordia que el sacrificio. He venido á llamar á los pecadores á penitencia y no á los justos (1).—Digamos también de nuestra piadosísima Señora, que ha venido á buscar á los enfermos para darles la salud, y á los pecadores para obtenerles el perdón. Siempre la tendremos con nosotros, porque su amor es invencible; y María nunca dejará de levantar sus manos suplicantes, pidiendo al Señor por el perdón de nuestras culpas.

Viviendo entre nosotros, no podrá mancharse con nuestros delitos; y con sus santas plegarias que todo lo alcanzan, convertirá á los pecadores á penitencia. No estará ociosa ni un instante; y si rechazamos una y otra vez las insinuaciones de su amor, si después nos volvemos á Ella buscando defensa y amparo en su santo patrocinio, rogará por nosotros delante del Señor.

No debemos en manera alguna abusar de su misericordia; porque los juicios del Señor son un abismo impenetrable; porque su ira y su misericordia se aproximan (2); y si seguimos obstina-

(1) Matth., IX, 11-13.

(2) Eccli., V, 7.

damente por las sendas de la perdición, tal vez cuando menos lo pensemos la justicia de Dios descargará sobre nosotros sus castigos; y sobrecogidos de espanto, y olvidados de María, ¿á quién volveremos entonces nuestros ojos? María, nuestra tierna y amorosa Madre, el Refugio de los pecadores, tendrá que llorar nuestra ruina; porque despreciamos las inspiraciones de su amor, y endurecidos en la culpa no quisimos seguir sus llamamientos.

Si hemos olvidado nuestros eternos intereses, pongamos los ojos en María, y, siquiera por el amor que nos tiene, y por las grandes misericordias que hemos recibido por sus manos, rindamos á sus pies el corazón, y supliquémosle que ruegue por nosotros. Lo hará, no hay que dudarle; y Dios pondrá en sus manos, no la vara prodigiosa de Moisés que hacía salir de las peñas, al tocarlas, fuentes de agua viva, sino al que es la fuente de la vida, al Autor de la gracia, á Jesús que vino al mundo para librarnos del pecado.

San Germán, dirigiéndose á la Virgen santísima, la saluda en estos términos: Dios te salve, oh paloma, que nos traes del cielo el fruto de la oliva, que nos anuncia al Salvador, y nos señalas el puerto de la vida eterna. Son tus candidas alas como purísima plata, con reflejos de oro (1). María trajo del cielo la misericordia, haciendo que bajase del seno del Padre su Verbo divino. María suspiraba porque llegase el momento feliz de la

(1) In praesent. Deip.

Encarnación; y gemía como paloma pidiendo a Dios esta manifestación de su misericordia. No pensaba que sería la escogida del Eterno y la primogénita de la Redención; pero ¿quién más á propósito que esta Virgen sacrosanta, enriquecida por Dios con tantas gracias, para llevar en su seno al que es la fuente inagotable de la gracia? ¿Quién como María para derramar sobre nosotros las misericordias de su Hijo? Le lleva en su seno, y después le reclina en sus brazos; y el tesoro de Dios, Jesucristo, es también el tesoro de María, que como madre dispone de todas las riquezas de su Hijo, riquezas de bondad y gracia, de misericordia y de perdón.—No sólo nos anuncia al Salvador de los hombres, sino que nos dice: Vedle en mis brazos. Nos señala el puerto de la vida eterna; y esa vida está en su Hijo.

La paloma de blancas y doradas alas, simboliza la pureza y el amor de María. Levanta su vuelo esa cándida paloma y llega hasta el trono de Dios; porque es purísima y sin mancha; y los limpios de corazón contemplan el rostro del Padre celestial, con quien María hállase unida por medio del amor. Mas, en su vuelo, María nos lleva consigo, porque es una madre llena de santa caridad, que nunca se olvida de sus hijos.

María se complace en gran manera al oír que la llamamos paloma del Señor, porque este mismo nombre damos á su Esposo, que se dignó aparecer en forma de paloma en el bautismo de Jesucristo.

El Esposo divino de María es fuente viva de

gracia y de misericordia; procede del Padre y del Hijo como amor de la bondad primera; y El mismo ha dado á la preferida de su amor el nombre de paloma, porque le imita, cuanto puede hacerlo una criatura, en la bondad y en la misericordia; porque Ella es benignísima, y su corazón está lleno de dulzura, y ruega sin descanso por nosotros, y nos cubre con las alas de su protección.

Al pensar en la benignidad y en la misericordia de María, en la belleza de su santo corazón, y en todas las gracias que la adornan, ¿no le diremos: oh tierna y compasiva Madre, paloma del Señor, mostradnos vuestro rostro, y hacednos oír vuestra voz dulcísima y amable? El amor nos anima para dirigirle esa humilde plegaria; y lo hacemos porque es nuestra Madre, y su bondad nos inspira una confianza muy grande, confianza de hijos que sólo tienen en cuenta su propio corazón.

Es nuestra Madre, y suspiramos por la vista de su rostro; y una y otra vez le rogamos que nos dirija una palabra. Es tan hermoso para un hijo el rostro de su madre, y su voz tan dulce y cadenciosa, que al no verla y al no escuchar sus palabras, el hijo se siente oprimido de tristeza; y de nuevo salen del alma los suspiros; y otra vez y cien más, la plegaria del amor se eleva hasta María. Entretanto tenemos que decir con David: ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!... Mi alma ha peregrinado mucho tiempo (1). Hemos vivido,

(1) Ps. CXIX, 5, 6.

mucho tiempo, muy lejos de la inmaculada y sacrosanta Virgen que es todo nuestro amor.

Somos muy indignos de contemplar el rostro de María y de escuchar su voz de madre; mas el amor que le tenemos nos hace decir estas palabras: ¿quién me diera alas como de paloma para volar y descansar? Me alejaría del mundo y moraría en la soledad, esperando allí el auxilio de aquel que me salvó del abatimiento de mi espíritu y de la tempestad (1). La sagrada Virgen de nuestros amores, al hacernos pensar en su santísima pureza, elevaría nuestras almas hasta Ella; y, al contemplarla tan hermosa y tan llena de gracias y virtudes, bendeciríamos la gloria del Señor, y descansaríamos á los pies de nuestra amada y dulce Madre. ¿En dónde quedarían entonces los recuerdos del mundo y los afectos de la tierra? Y si vinieran á inquietarnos, el Señor por medio de su santa Madre nos libraría de sus halagos.

Oh inmaculada paloma del Señor, extended sobre nosotros vuestras alas y libradnos de todos los peligros. Vuestros ruegos todo lo alcanzan del Señor; rogad por nosotros; nos amáis como tierna y compasiva madre, nunca os olvidéis de vuestros hijos.

(1) Ps. LIV, 7, 9.



CAPÍTULO XIII

El palacio de Dios.

I

LA Sabiduría fabricó para sí una casa, y labró siete columnas para sostenerla; inmoló sus víctimas, preparó el vino y dispuso la mesa. Envió sus criadas para llamar á los convidados; las envió á la fortaleza y á las murallas de la ciudad, á fin de llamar á los hombres, diciéndoles: el que sea sencillo venga á mí; y á los insensatos les dijo: venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado (1).

El palacio de que se trata se fabricó para manifestación de la divina gloria; y Dios fué quien lo fabricó. Con esto tenemos bastante para comprender la hermosura de ese alcázar sagrado. Si fuera para otro y no para Dios, no brillarían las riquezas y la gloria en tal palacio como tienen que brillar, siendo para Dios. Y si el hombre lo hubiese cons-

(1) Prov., IX, 1-5.

truido, no sería tan hermoso como es, por haberlo Dios fabricado.

¿Tendremos aliento para entrar en la mansión de Dios, donde El moró, no como el hombre que vive en su casa únicamente para descansar en ella, y dejarla para siempre cuando le agradare, sino como vive el hijo en el seno maternal? El Hijo de Dios, no sólo vivió en el seno de María, sino que allí tomó nuestra naturaleza y se hizo hombre.

Hay, por lo mismo, entre el Verbo de Dios y el palacio en que moró, el seno de María, una comunicación de inefable y sagrada intimidad que nos recuerda estas palabras de San Bernardo, que ya hemos citado: *Vestis cum et vestiris ab eo*. María da hospedaje en su bendito seno al Hijo de Dios, le da su sangre inmaculada y santa; le viste con el ropaje de la humanidad; y á su vez ese Hijo de Dios la cubre con la gloria de la Majestad.

A la casa de Dios corresponde la santidad; Dios no entra en alma manchada, ni en cuerpo sujeto á pecados. Mas ¿cuál fué la santidad con que Dios enriqueció á la que había de ser su madre verdadera? Una santidad sublime, perfecta y que no podemos comprender; porque así lo pedían la pureza infinita del Eterno y el misterio que venía á desempeñar entre los hombres. Por esto no hay que comparar la virtud de los mayores santos con la santidad y pureza de María, inmaculada y perfectísima desde el primer instante de su sér; ni el amor que Dios les dispensó, con aquel excelentísimo y enteramente singular que concedió á María,

y que estremece de celestial contento las purísimas entrañas de la sacrosanta Virgen, que exclama en medio de su dicha: Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y mi alma rebosará de alegría en mi Dios; porque me ha vestido con el ropaje de salud, y me ha hermoseado con los adornos de la justicia (1).

Dios ha levantado siete columnas para sostenerla. Oigamos á San Bernardo: La sabiduría de Dios, al descender del seno del Padre, fabricó una casa para sí mismo: esta casa fué la Virgen purísima elegida por el Hijo de Dios para ser su verdadera madre. Dios levantó en esa casa, que tendría que ser la mansión de sus delicias, siete firmísimas columnas para sostenerla; estas columnas son las incomparables virtudes de María, que la hicieron digna morada del Eterno.

Pensemos un instante en la perfección de las virtudes á que venimos refiriéndonos. Desde luego se nos presentan la fe, la esperanza y la caridad. —María creyó en Dios con una fe inalterable y firmísima; y por esto le fué dicho: Dichosa tú la que has creído; porque en ti se cumplirá lo que el Señor te ha dicho (2). El Arcángel Gabriel le anunció un misterio incomprensible á la razón humana, y que sólo podía realizar el que es omnipotente. Concebirás en tu seno y darás á luz á un Hijo. Y Gabriel hablaba á una Virgen inviolable, y que tenía consagrada su pureza á Dios nuestro

(1) Is., LXI, 10.

(2) Luc., I, 45.

Señor. Si las palabras de Gabriel han de tener cumplimiento, es indispensable que Dios intervenga, y no como concurre en el orden común de la naturaleza, sino de una manera singularísima, sublime, y realizando una maravilla incomprensible, una obra verdaderamente divina. Y la fe de María no la abandona un instante; ardiente y vigorosa se levanta á una altura que el hombre no puede medir; y la Niña de Dios, la Virgen purísima y sin mancha, abre sus labios y contesta al Arcángel: Hágase en mí según tu palabra.—Y la firmeza de tal contestación tanto más nos sorprende y admira, cuanto sabemos que María era una humilde doncellita, que vivía en el retiro de su santa casa, é ignoraba, al parecer, lo que era una firmeza incontestable. Mas Ella cree en la omnipotencia de su Dios, en su profundísima sabiduría y en su bondad infinita; y es, por otra parte, esclava del Señor, que sólo sabe obedecerle y agradarle.

Al contemplar la fe de esta incomparable y sacrosanta Virgen, parécenos que su humildad le sale al encuentro, y le dice estas palabras: Sois la más pequeña de todas las criaturas: ¿seréis la que Dios se digne levantar á la mayor grandeza? ¿Qué pensáis de vos misma: sois digna de hospedar al Hijo del Eterno, y de ser su Madre? Si así le hablaba la humildad, no por eso vacilaba la fe de María; cree y adora. Dios le ha hablado por medio de Gabriel, y Dios es verdad infalible. Dios se dirige á la más pequeña, á la más humilde de sus criaturas, que no contesta sino lo siguiente: He aquí la esclava del Señor.

Dios, que había enriquecido á su futura Madre con una fe tan robusta y ardiente, puso también en su alma la esperanza: una esperanza firmísima y que no sabía conmoverse ni un instante. No ignoraba la sagrada Virgen que el que en Dios confía no queda confundido; por esto, después al llevar en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, nada teme, ni dice una palabra sobre el particular á su santo Esposo. Dios es la esperanza de María: ¿quién podrá conmoverla? Es como el monte de Sión, que está rodeado de montañas, y favorecido por la protección del cielo. ¿No temería que José le llegase á abandonar al advertir que era madre? Y su temor ¿no le haría pensar en descubrir á José el misterio de Dios? Semejantes temores no tuvieron entrada en el corazón de María; porque esperaba en el Señor, y se había puesto enteramente en sus divinas manos. Nada turbaba la paz de su espíritu; todos los acontecimientos de su vida santísima, corrían por cuenta de la Providencia del Eterno, que no dormía ni dormitaba un instante en el cuidado de aquella Niña preciosa, que sin ninguna reserva se había entregado á las disposiciones del Señor; y cualquiera cosa que El determinase acerca de esta Virgen que le era tan querida, no llegaría jamás á contristarla. ¿No era Ella quien tenía todas sus delicias en cumplir la voluntad de Dios? Y no ignoraba que sería para su bien cuanto el Señor determinase; tenía para esto tantas pruebas del amor de su Dios, que no había lugar alguno ni á la desconfianza ni al temor en el corazón de María. ¡Con qué ternura la había

tratado siempre su amantísimo Padre! Las gracias bajaban del cielo sin interrupción sobre esta dichosísima criatura; y las caricias que Dios le prodigaba, eran cada día más expresivas del amor con que se había dignado preferirla. María no lo ignoraba; por esto su confianza en la bondad de su amantísimo Padre, era firmísima y la mantenía en una paz inalterable, y llenaba su alma inocentísima de un gozo verdaderamente celestial.

Dios, al edificar el regio palacio en que había de vivir, quiso sostenerlo con la fe, la esperanza y el amor. Hablemos de esta santísima virtud, que era la vida de María.

El corazón que María recibió de Dios nuestro Señor, fué como una llama de inextinguible caridad, que, alimentada á cada instante por nuevas efusiones de divina gracia, se elevaba hacia el trono del Señor, no dejando que María viviese sino solamente para gloria del que así la amaba.

Mi amado para mí, y yo para mi amado. El Señor la había prevenido con su gracia, que siempre fué correspondida por María con una fidelidad incomparable. María recibe la divina gracia con humilde y afectuoso reconocimiento, y desde luego trabaja con ella para gloria de su Dios. ¿Queremos una prueba de lo que decimos? Recorremos su viaje á las montañas de Judea. Era María una humilde virgen que tenía sus delicias en vivir en el retiro de su casa, apartada del mundo; pero la gracia divina quiere que deje su retiro, y así lo hace la divina Madre. Mas ¿de qué manera? Le-

vántase María y se encamina apresuradamente á las montañas de Judea. Nada la detiene; Dios lo ha dispuesto, y María cumple las órdenes divinas con prontitud y llena de inefable gozo.

El fuego ha de arder siempre en el altar, y el sacerdote cuidará de mantenerlo... Este es el fuego perpetuo que nunca debe apagarse en el altar, se dice en el Levítico (1). Ese altar es el corazón precioso de María, en el que jamás llegó á extinguirse el fuego del amor divino; porque el gran Sacerdote, su Hijo nuestro Señor Jesucristo, lo alimentaba continuamente. Era también el corazón de nuestra amada Niña como aquella lámpara de que se nos habla en el Éxodo, que estaba llena del más puro aceite de olivas; y se añade que Aarón y sus hijos cuidarán de que arda siempre delante del Señor (2). María, teniendo presente á su Dios, no dejaba extinguir ni amortiguar un solo instante el fuego del amor sagrado que ardía en su seno; y si esto pasaba por su parte, por la de Dios había una asistencia jamás interrumpida; y, desde el instante de la Encarnación, Dios, que es fuego inextinguible, comunicó á su santa Madre otro fuego divino, se le dió á sí mismo; y Dios es caridad, es fuego de infinito amor. Al pensar en esto, preguntamos: ¿podremos hallar á la Virgen sacrosanta, fuera de Dios? Y si en Dios la buscamos, no la hallaremos sino transformada en El, cuanto es posible á la criatura fuera

(1) VI, 12, 13.

(2) XXVII, 20, 21.

de la unión personal. El Hijo de Dios inspira todas las acciones de María, la dirige en todas ellas, y por medio del Espíritu divino la eleva de claridad en claridad.

¿Qué piensa, qué hace la escogida del Señor? Pongamos los ojos en el Hijo de Dios, y lo sabremos; porque Ella es como animado instrumento de la gracia, como el espejo sin mancha en que podemos descubrir las maravillas de la divina bondad: *Imago bonitatis illius*. Cuanto hay en esa singularísima criatura, es amor, es caridad indeficiente y perfectísima.—Si pudiésemos contemplar el fuego del amor que Dios encendió en el corazón de María, llenos de asombro exclamaríamos: ¿cómo puede subsistir el sér de la criatura, rodeado, penetrado con fuego tan ardiente de divino amor? Dios es fuego que consume, mas también es el Autor de la vida; y si en María no halló ninguna imperfección que consumir, porque fué preservada de toda culpa y aun de la más ligera imperfección; si tenía que mantener en Ella la vida del amor.

El amor no vive en sí mismo, sino en quien ama; y descubre á su amado toda su ternura con palabras de afectos ardentísimos; en una palabra, se entrega enteramente en brazos del que ama.— Todo esto lo hallamos en María: vive en Dios y solamente para Dios, le descubre su cariño con las más ardorosas expresiones; y nada reserva para sí, porque es de Dios enteramente.

Se nos dice en los Cantares que las muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los ríos

lo podrán sofocar (1). Mas si las muchas aguas son de gracia y los ríos de fuego, ¿dejará de aumentarse el caudal del amor? Y esto es lo que pasaba en María, quien tiene por lo mismo que decir: Soy como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del paraíso... Mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar; porque la luz de mi doctrina, con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y la seguiré difundiendo hasta los remotos tiempos (2).

II

Brilla en María la gloria de la divina Trinidad con una luz purísima y sagrada: el Padre, el Hijo y el Espíritu divino están en el santuario que llamamos corazón inmaculado de María; mas sólo el Hijo se hizo hombre tomando nuestra humanidad. Gabriel nos instruye de todo esto saludando con estas palabras á la Virgen escogida del Señor: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; y diciendo después lo siguiente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Tenemos al Señor, á la virtud del Altísimo y al Espíritu Santo, en el palacio de Dios, en el santuario que fabricó para su gloria.

Dios quiso, al edificar ese Palacio, levantar en él, no sólo las columnas de la fe, la esperanza y el

(1) VIII, 7.

(2) Eccli., XXIV, 40-44.

amor, sino también las de la fortaleza, la justicia, la templanza y la prudencia.

Dios llenó el alma de María de admirable y santa fortaleza. La futura Madre del Señor había ofrecido á Dios la azucena de su pureza virginal. Jamás se había inclinado al mundo, ni había pensado sino en Dios, y pertenecía al pueblo de las promesas en el cual había de nacer el Redentor de los hombres. La gloria de una maternidad común y ordinaria por una parte, pero excelentísima por otra, ni brillaba á los ojos de la inmaculada Virgen, ni atraía su corazón, que, muerto á todos los afectos de la tierra, sólo vivía para Dios. Dios le había inspirado el voto de virginidad, y la había dotado de una admirable fortaleza, que nadie podía vencer. ¿Cómo sucederá esto? preguntó á Gabriel la Virgen más pura que los ángeles de Dios; porque yo no conozco varón. Mas la humildísima doncella de Nazaret ¿no admite desde luego la grandeza y la gloria que un Angel le ofrece; tiene valor para tanto?—María no contesta, y el Angel tiene que explicar el gran misterio que anuncia á la sagrada Virgen. No recordemos la lucha del Angel con Jacob, porque éste quedó herido, y María quedó asegurada en su inviolable y santísima virginidad. Tal es la fortaleza, la virtud soberana que Dios se dignó conceder á esta mujer incomparable, cuyo valor dijo Salomón que era de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo (1).

(1) Prov., XXXI, 10.

La templanza y la justicia de la Virgen santísima brillan más que la luz, reflexionando en las palabras que el Angel le dirige y en la contestación de María. El Angel la saluda y le dice que está llena de gracia y que el Señor está con Ella. Estas honoríficas palabras no la envanecen; guarda silencio, y piensa en el motivo de tal salutación; en todo lo cual revela su admirable templanza. Y cuando la instruye en el gran misterio del amor de Dios, y en la venida del Espíritu Santo, y cómo concebiría al Hijo de Dios y lo daría á luz sin perder su virginal pureza, María nos reveló su prudencia.

Al llamarse esclava del Señor, María nos descubre su justicia; porque nos dice lo que Ella es en la presencia del soberano Señor de todo lo criado.

Tenemos, por tanto, resplandecientes de luz y de hermosura, la fortaleza de María en su voto de virginidad, su templanza en el silencio, su prudencia en sus preguntas, y su justicia al llamarse la esclava del Señor. Sostenido el Palacio divino por estas siete columnas, entró en él la Sabiduría de Dios y lo enriqueció con dones tan preciosos, y con tanta abundancia, que la plenitud de su alma hizo fecundo su seno virginal.

David se llenó de indecible y celestial contento al oír estas palabras: Iremos á la casa del Señor. Nuestros pies estarán firmes en tu recinto, oh Jerusalén (1). También á nosotros nos ha dicho el

(1) Ps. CXXI, 1-2.

amor: Venid al palacio donde reina vuestra Madre; y entrando en él, descansaremos llenos de inefable dicha: porque es mejor pasar un solo día en esa mansión sagrada, que mil fuera de ella; porque la conversación de nuestra amada no tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino consuelo y alegría. Mas, al entrar en esa casa sagrada donde brilla la gloria del Altísimo, no debemos olvidar estas palabras: El templo de Dios es santo, El lo ha edificado, es la obra de sus manos; y esto nos inspirará los sentimientos de una humildad profundísima y de un amor muy ardiente; nos olvidaremos de nosotros mismos para pensar en Dios únicamente.

En el seno de María el Hijo de Dios se hizo hombre; y ese seno fué como el trono de la gloria divina. Tu trono, oh Dios,—decía David,—permanece por los siglos de los siglos: el cetro de tu reino, es cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso, oh Dios, el Señor tu Dios te ungió con óleo de alegría, con preferencia á los que tienen parte en tu gloria. Exhalan tus vestidos, cuando sales de las estancias de marfil en que has morado, un olor de mirra, de aloe y casia, que lleva en pos de ti á las hijas de los reyes que te colman de honor. A tu diestra está la reina con un vestido bordado de oro, y engalanada con diversos adornos (1).

Dios toma la purísima sangre de María y se hace nuestro hermano; y su carne inmaculada y

(1) Ps. XLIV, 7, 11.

santa exhala la suavísima fragancia de todas las virtudes; esa carne Dios la dará para la vida del mundo; y si no la comemos, y no bebemos la sangre del Hijo del hombre, no tendremos la vida en nosotros (1); y la carne de Cristo es la carne de María. ¡Qué unión tan sagrada y profunda es la que existe entre el Hijo y la Madre! íntima, inviolable y perfecta; y bien sabemos que cuanto más nos acercamos al principio de la gracia, participamos de ella con mayor abundancia. ¿Quién, pues, podrá decirnos cuáles fueron la excelencia y la riqueza de la gracia de María al constituirla Dios el palacio de su gloria y al hacerse hombre en su seno virginal? Si esta santísima Señora entregaba á Dios cuanto tenía, ¿dejaría de recibir de parte del Eterno la plenitud de los divinos dones? Por esto contemplamos en Ella el esplendor de todas las virtudes y todos los encantos de la gracia. ¡Cuán pura, cuán amable y perfecta es nuestra Madre querida, encanto del alma, y, después de Jesucristo, todo nuestro amor! Y lágrimas de un gozo purísimo y ardiente salen de nuestros ojos. Bendita sea Ella, y sea glorificada en los cielos y en la tierra. Es la primera de todas las criaturas en el amor de su Dios, es dulcísima y amable, y su seno rebosa de bondad; y nosotros la amamos con todo el corazón. ¿Quién como Ella ha cautivado todo nuestro afecto; y á quién debemos lo que á esta santísima Señora?

La amamos con todo el corazón, así lo hemos

(1) Joann., VI, 52, 54.

dicho; mas nada es nuestro amor, nada son nuestros afectos, si los comparamos con el amor que nos tiene María, y con los suavísimos afectos que le inspiran sus hijos. ¿Queremos confundirnos y al mismo tiempo exaltar el amor de María? Reflexionemos en lo siguiente: su amor nunca se entibia, jamás nos olvida, y en todas ocasiones procura nuestro bien. Por nuestra parte, ¿podremos afirmar que arde siempre activo en nuestros corazones, con pura é inextinguible llama, el fuego de su santa caridad; que nunca la olvidamos y que siempre que está en nuestra mano trabajamos por su gloria? La vergüenza cubre nuestro rostro y no tenemos que contestar una palabra; nos sentimos oprimidos de tristeza. Ha puesto en nosotros sus purísimos ojos y nos contempla con amor de madre; y entre esta Madre y sus hijos media una inmensa distancia. Esa Madre es purísima y santa, es Reina sagrada que está á la diestra de su Hijo divino; su dignidad es infinita, y todo en Ella es amable y perfecto; y en nosotros no se halla sino miseria y pecado; y sin embargo, atraemos sus miradas y tiene sus delicias en estar con nosotros. Y ¡no corresponder á su amor generosísimo y de todo punto inexplicable; y no amarla con todo el corazón! No podemos comprender la bondad de nuestra dulce Madre; y la ruindad y vileza de nuestra conducta nos dejan en verdad horrorizados. ¿Qué humillaciones y desprecios no merece quien así se porta con tan amante y cariñosa Madre? Pero fijémonos en otras consideraciones; y ya que la confusión y la vergüenza nos han puesto en

una penosa situación, busquemos en María nuestro consuelo.

Estamos en el Palacio de Dios: oigamos estas palabras divinas: Entrando en mi casa, hallaré en ella descanso (1). ¿Es nuestro el Palacio en que hemos penetrado? Si lo es, porque María es nuestra hermana, es nuestra Madre; y por esto, llenos de confianza, recorreremos una á una la preciosas estancias de la casa de Dios, buscando en todas ellas á María; y María se nos presenta llena de amabilidad y de dulzura. Es nuestra hermana, es nuestra Madre, y venimos á Ella en busca de consuelo. ¿Nos negará sus brazos para descansar en ellos? Ninguna madre los niega á sus hijos. Nosotros, antes de descansar en esos brazos, besamos sus pies virginales que exhalan la suavísima fragancia de todas sus virtudes: caminaron siempre por las sendas de la rectitud y la justicia, é iban siempre en busca de la gloria del Señor y de la eterna salud de los hombres. No queremos separarnos de esos pies, de los que se dice en los Cantares: ¡Cuán hermosos son tus pies, oh hija del Príncipe (2). Mas, si nos llama á sus brazos la divina Madre, en esos brazos en que tantas veces descansó Jesús, descansenos en ellos; pero ¡ay, que recordamos nuestras grandes culpas y temblamos de tanto atrevimiento! Que en ellos descansen Luis Gonzaga y Estanislao y Juan Berchmans y Magdalena de Pazzi, y tantos otros hijos

(1) Sap., VIII, 16.

(2) VII, 1.

de María humildísimos, puros é inocentes. Nosotros, miserables pecadores, no merecemos sino el ser arrojados del Palacio de Dios; y sin embargo, no habrá quien nos arroje; porque María impera en él, y es Reina de misericordia y seguro Refugio de los pecadores.

Si no nos atrevemos á descansar en sus brazos, ni á llegar á sus pies, ténganos siempre en su casa como sus esclavos, porque hemos preferido ser los últimos en esa casa á vivir en los palacios de los pecadores. *Haec requies mea in saeculum saeculi.* La morada de Dios será nuestro descanso para siempre; la hemos escogido para vivir en ella eternamente.



CAPÍTULO XIV

El Calvario y la misericordia de María.

I

DIOS no tomó jamás la naturaleza de los ángeles, sino la sangre de Abraham; y por esto debió asemejarse en todo á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios en orden á satisfacer por los pecados del pueblo; ya que, por haber padecido y haber sido tentado, puede socorrer á los que son tentados (1).

La propia experiencia del dolor nos hace compasivos para con todos los que sufren; y es más delicada nuestra compasión, cuanto hubiesen sido más terribles nuestras penas. Pensamos en los que padecen, y exhalamos un suspiro lleno de amargura al recordar nuestros padecimientos terribles, profundos, y en los cuales no había lugar al consuelo; y si alguno quería remediar nuestros males, le decíamos con Isaías: Apartaos de mí, yo lloraré

(1) Heb., II, 16.